

LA POLÉMICA HISTORIOGRÁFICA ENTRE BARTOLOMÉ MITRE Y VICENTE FIDEL LÓPEZ

Begoña PULIDO HERRÁEZ*

LA POLÉMICA HISTORIOGRÁFICA MITRE-LÓPEZ: MODOS DE HACER HISTORIA

Entre 1881 y 1882, en las páginas de dos diarios argentinos, *La Nación* (fundado por Bartolomé Mitre en 1870) y *El Nacional*, se entabló una polémica sobre la escritura de la historia entre dos figuras destacadas y muy conocidas de la vida política y literaria argentina, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. La polémica permite examinar el pensamiento historiográfico del XIX y su vinculación con la literatura y, en términos más amplios, con la narración. No fue la primera polémica historiográfica del siglo; es de recordar la que entablaron en Chile Andrés Bello y José Victorino Lastarria sobre el mejor método para escribir la historia nacional, en 1844-1845. El debate entre los argentinos posee un corolario ficcional que lo vuelve doblemente interesante para los estudios literarios. Vicente Fidel López publica por entregas en el periódico *El Nacional* su novela histórica (o “romance histórico”, como se denominó en las páginas del diario) *La loca de la Guardia*. Este relato histórico puede ser leído como otra respuesta al objeto de la polémica, otro modo de representar, de emitir juicios, sobre lo que había sido debatido y argumentado en el mismo espacio periodístico bajo otra forma de discurso.

Bartolomé Mitre (1821-1906) no era en 1881 un historiador del común. Liberal moderado, de formación militar, hombre de armas, en 1852 entró a Buenos Aires al mando de las fuerzas que se oponían a Urquiza; luchó contra el federalismo, organizó campañas contra los indígenas, fue gobernador, ministro, y entre 1862 y 1868, primer presidente de la nación argentina unificada. Vicente Fidel López (1815-1903) es un abogado y político de “modestas ambiciones

* Investigadora titular del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), Universidad Nacional Autónoma de México.

políticas” (Tenorio, 1990: 98), considerado uno de los juristas argentinos más destacados de su época. Había formado parte de la Generación del 37 y del Salón Literario de Marcos Sastre. Opositor a la dictadura de Juan Manuel de Rosas, se exilió en Uruguay y más tarde en Chile (1841-1845), donde también se encontraba Domingo Faustino Sarmiento (López funda y ambos dirigen el periódico *El Progreso*). López “es ante todo un linaje” (Madero, 1998: 1), no solamente por pertenecer a una familia muy conocida y protagonista de la independencia (su padre es el autor del himno nacional, amigo de San Martín, por ejemplo), sino por formar parte de la oligarquía liberal cuyo lugar central en la historia y los destinos nacionales propone en sus relatos historiográficos.

La famosa polémica entre Mitre y López revela, según las lecturas de la historiografía argentina, dos modos de concebir el estudio y la escritura de la historia. Una, la de López, hace visible la filosofía de la historia que organiza y proporciona sentido a los acontecimientos del pasado, donde las figuras individuales (con sus decisiones, sus pasiones) ocupan el centro del cuadro histórico. La suya es una historia que otorga valor a las tradiciones vivas, a los testimonios de los hombres que vivieron los acontecimientos, a la memoria, y se ha vinculado con una mirada subjetiva de la historia; López no oculta el papel activo del historiador: establece relaciones entre causas y efectos, debe evocar y dramatizar los sucesos, emite opinión sobre los acontecimientos y sobre los hombres (sus decisiones y actuaciones), muestra lo inestable de las pasiones que vuelven inciertos los sucesos, extrae lecciones de sabiduría moral y política. Es ineludible destacar que López pretende acercar el pasado al presente, hacerlo vivo y actual, lo que elimina la distancia crítica que debería implicar el estudio del pasado. La escritura de la historia y la novela histórica están ciertamente próximas una de la otra.

Bartolomé Mitre es, por el contrario, el padre de la nueva historiografía argentina caracterizada por una “seriedad erudita” y una “objetividad científica” desconocidas hasta ese momento (Halperin Donghi, 1996: 57). Halperin Donghi define este cambio en los modos de escribir historia como el tránsito entre una “crónica facciosa” y una “historia rigurosa”, un desplazamiento que tiene implicaciones de mayores consecuencias y que significa el surgimiento de un nuevo protagonista, la nación:

la multiplicidad de sujetos individuales y colectivos que hasta entonces llenaban la escena histórica —desde las facciones demonizadas o celebradas en las toscas reconstrucciones inspiradas por la pasión política hasta las ideologías o los complejos socioculturales entre sí antagónicos evocados en las interpretaciones más ambiciosas de Echeverría o Sarmiento— es resueltamente dejada de lado en beneficio de una majestuosa presencia central: la nación es ahora elevada a protagonista única del proceso histórico. Es precisamente la postulación de ese sujeto que subordina a

todos los que pululaban hasta entonces en el escenario de la historia argentina la que permitirá a Mitre mantener frente a ellos la distancia a su juicio requerida para alcanzar una reconstrucción histórica dotada de validez científica (Halperin Donghi, 1996: 57).

Frente a la historia partidaria, donde el uso de la memoria responde a la perspectiva de la burguesía liberal porteña, fuente histórica privilegiada, Mitre busca universalizar su mirada y hacerla girar en torno al proceso de construcción de la nacionalidad argentina, verdadero sujeto de su elaboración historiográfica. La suya se ha defendido como muestra de una historia apegada a los documentos; sin embargo, propongo que es una combinación de lo que se ha llamado historia erudita (que exhibe documentos como prueba de sus interpretaciones), con una narración vivificadora que hace hablar a los protagonistas con sus “propias palabras” y les hace “vivir la vida de su tiempo” (los documentos exhumados son vivificados con “el testimonio oral de los contemporáneos que habían sobrevivido a su época”, Mitre, 1887: lix). En el prólogo a la segunda edición de la *Historia de Belgrano* (1858), Mitre muestra este ideal de articulación entre documento¹ y narración vivificadora, donde se comprueba asimismo que la filosofía y la narración no se excluyen (al menos en la praxis de la escritura) de la historia documentada. La historia erudita resulta ser, a fin de cuentas, una historia narrada:

También hemos dicho que una historia completa de Belgrano, escrita sobre documentos auténticos, en que se presentase al hombre tal como fue; en que se le hiciese hablar con sus propias palabras y vivir la vida de su tiempo, reviviendo en torno suyo a sus contemporáneos; en que se iluminase con nuevo colorido su fisonomía histórica; en que se explicase el móvil de las acciones y de los pensamientos que lo trabajaron durante su vida; en que lo acentuado de las pinceladas armonizase con la sobriedad de las tintas; en que, destacando con vigor sus rasgos prominentes, se hiciera converger hacia ellos la luz de la verdad; en que se combinase la exactitud y la abundancia de los detalles, a las vistas filosóficas y los estudios políticos, que hiciesen comprender su influencia póstuma y su acción contemporánea, sería una obra original a la vez que una verdadera revelación (Mitre, 1887: xiv).

En 1857, Mitre había publicado una *Historia de Belgrano* cuya tercera versión (la segunda es de 1858-1859), ampliada, se edita en 1876-1877 (la primera edición ya completa, con el título de *Historia de Belgrano y de la Independencia*

¹ Mitre señala en el prólogo a la segunda edición la “abundancia y pureza de las fuentes en que hemos bebido nuestra historia”: ha consultado más de “cinco mil documentos manuscritos” y “todos los libros, folletos o papeles sueltos” que se han publicado sobre Belgrano (Mitre, 1887: xviii).

Argentina; la cuarta y definitiva es de 1887). Poco después, entre 1887 y 1890, va a salir a la luz su segunda gran obra, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, que venía redactando desde comienzos de la década y que es considerada la obra fundadora de la historiografía erudita argentina. La polémica con López se desata como consecuencia de la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, aun cuando existen otros antecedentes que explican los comentarios de López en las páginas de *El Nacional* (Madero, 2001: 38). En 1875, Mitre escribe una carta al historiador chileno Diego Barros Arana (director de la *Revista Chilena*) anunciándole la tercera edición de *Belgrano* y previniéndole contra ciertos historiadores, entre ellos López, cuyos escritos hay que tomar con “cautela” porque “su bagaje histórico es muy liviano”. Pasan seis años hasta que López “responde” en las páginas del diario criticando la historia de Belgrano y ahora de la independencia argentina.²

En el segundo prólogo de la *Historia de Belgrano*, el de 1858-1859, Mitre hacía un larga defensa del papel que los documentos ocupaban en su historia (y de ahí en adelante volverá una y otra vez sobre el asunto de las fuentes documentales que sostienen su obra) y elabora el recuento detallado del recorrido³ que lo llevó a encontrar muchos documentos perdidos, olvidados, que le habrían permitido descubrir y dar forma a su novedosa propuesta historiográfica, la del origen antiguo de la idea de libertad e independencia. Como la historia no estaba escrita en los años en que redacta su *Historia de Belgrano*, y tampoco

² El capítulo IV del primer tomo del *Debate* abre precisamente reconociendo en esta carta pública una *agresión inmotivada*. “La *agresión inmotivada* que el señor Mitre hizo en su *Carta sobre Literatura americana* al señor Barros Arana contra nuestros estudios sobre la *Revolución Argentina*, tenía por objeto fundamental la crítica de nuestro sistema histórico y la exhibición del suyo propio” (López, 1916: I, 81).

³ “Para terminar esta larga enumeración de los documentos, en que se basa la verdad histórica de nuestro trabajo y la exactitud de nuestros juicios [...] mi objeto ha sido simplemente inocular en mis lectores la conciencia de que en las páginas que van a leerse, no se narra un solo hecho, no se indica un solo gesto, no se avanza una sola opinión, que no pueda ser documentada o atestiguada por algún contemporáneo); no obstante que se mencionen en ellas, como queda dicho, sucesos ignorados que pueden sorprender por su novedad, y se presenten bajo nuevos puntos de vista hasta las acciones más conocidas del héroe” (Mitre, 1887: xxxviii-xxxix). El aviso le ahorra a Mitre el trabajo de “recargar por demás de citas el texto”. La autoridad moral del historiador, su palabra, es la prueba definitiva (“En aquellos casos en que considere necesario fortalecer la certidumbre moral de que debe estar poseído el lector al recorrer estas páginas, citaré mis autoridades, o ilustraré el texto con algunas notas explicativas [...]. Así pues, si algún mérito tiene esta obra es la verdad, tanto por lo que respecta a la realidad de los hechos cuanto por lo que respecta a las consideraciones de ellos deducidas; habiéndome permitido rarisimamente hacer uso de la facultad que tiene todo historiador, que es la de interpretar los documentos que le sirven de guía, no poniéndose en contradicción ni con su espíritu, ni con su letra”, 1887: xxxix).

contaba con los documentos necesarios para su escritura, la labor de Mitre habría consistido entonces, no solamente en escribir, sino en reunir los papeles dispersos o encontrados en el suelo de los archivos públicos. Mitre habría colocado los cimientos de la construcción de ese archivo histórico argentino que en el momento no es sino un cúmulo de papeles dispersos o perdidos, de archivos personales o públicos saqueados.⁴ En su labor se habría visto obligado a “clasificar metódicamente” cartas, actas, despachos, certificados, fragmentos de diarios, correspondencia oficial, borradores de proclamas, papeles de causas secretas, escritos varios... Es así como la labor del historiador Mitre va a consistir en buscar y desenterrar (“registrar los archivos, y exhumar los documentos sepultados en el polvo del olvido”),⁵ apropiarse todos los documentos relacionados con el hombre y la época objeto de estudio, documentos que le permitirán estudiar y comprender “el carácter de los personajes y sus tendencias”⁶ (pues al principio se trataba de “encerrar una época en la vida de un hombre”). Son los testimonios y documentos los que le permiten asimismo “demostrar” lo que al principio era solamente una “creencia intuitiva” (subordinada a la biografía de Belgrano): que la idea revolucionaria había llegado a un alto grado de madurez antes de estallar la revolución, que los propósitos

⁴ “Así es como por medio de documentos desenterrados del polvo, combinando sus datos con las noticias que se encuentran dispersas en algunas poquísimas obras y con las que me ha suministrado la tradición oral, he conseguido rehacer esta página fundamental de nuestra historia que, dentro de diez años más, habría sido imposible escribir” (Mitre, 1887: xxix).

⁵ López, en el tercer tomo del *Debate*, ironiza sobre ese lugar que Mitre se otorga como constructor del archivo documental, y sobre el uso del documento para dar autoridad a su método inductivo; lo acusa también de forjar y usar los documentos, convertidos en apócrifos: “El señor Mitre nos perdona de que no conozcamos los documentos, porque recién los está él reuniendo. ¿Qué diremos nosotros de él, que los reúne, y que no ha podido todavía discernir los verdaderos de los apócrifos, y que no ha tenido tiempo todavía de leer tantos y tantos como hemos presentado en esta polémica para demostrarle la deficiencia de su archivo? ¿Qué diremos de él que no ha meditado todavía sobre el alcance político de las cláusulas textuales del acta del 25 de mayo, y que no sabía si la convocación de un congreso compuesto de los representantes de las provincias del Virreinato, para determinar sobre el nuevo gobierno que debía substituir al gobierno colonial, era o no acto soberano y de independencia nacional? No hay una página en todo lo que hemos escrito, en que no se demuestre que esa sacerdotal caridad del señor Mitre, a nadie tiene que aprovechar mejor que a él para disculparle de sus innumerables errores. Eso de ‘encontrar’ una parte de ellos *por acaso* y usarlos para comprobar los hechos que sirven de base a las *inducciones*, es un mérito muy modesto” (1916, III: 65).

⁶ Los propios documentos contienen a veces escenas animadas, interés dramático, caracteres diseñados con trazos pronunciados, es decir, elementos narrativos que existirían previamente a su inserción como materiales de una historia. Junto con el enfoque en una gran figura histórica, donde se reúnen las tendencias de una época, la historiografía de Mitre se vincula con el romanticismo: remontarse a los orígenes, organizar el relato en torno a una figura representativa.

deliberados, los planes de independencia, de construir una patria libre, eran muy anteriores a la revolución de mayo de 1810. Es entonces cuando se invierte el proyecto, se da preferencia al cuadro de época y a la idea principal (porque la historia no cabía ya en la biografía).⁷ “Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época”, es la frase con la que abre la tercera edición. La visión de la historia de Mitre es deudora de Jules Michelet: Mitre desenterra una presencia secreta y escondida, el “pueblo argentino”, que no es tampoco consciente de su existencia como pueblo y que es, por ello mismo, mudo. Al desenterrarlo, Mitre le otorga voz y lo guía hacia su conversión en la nación argentina que pugna por emerger libre e independiente.

En la tercera edición de su historia, Mitre, entre otros añadidos respecto a las ediciones anteriores, incluye una introducción sobre los antecedentes históricos de la sociabilidad argentina, ya que como mencioné más arriba, se redefine la intención del libro, que ahora es mostrar el desarrollo de la idea de independencia argentina; es por ello que el relato llega hasta 1821 (muerto ya Belgrano) pues es cuando “la nación argentina quedó de hecho y de derecho en posesión de sus propios destinos” (Mitre, 1887: li). El objeto ahora es la historia de la conformación de la nación argentina, cuyo surgimiento incuestionable lo data en el momento de la independencia: 1821, pero cuyos antecedentes rastrea en la nueva sociedad surgida a fines del periodo colonial. Nación y estado surgen al unísono. La elaboración de esta historia genealógica (Palti, 2000: 75) es la de un avance continuo donde se percibe en el pasado la semilla de un futuro brillante (Halperin Donghi, 1996: 59). A Mitre se debe, señala Palti, un logro intelectual nada sencillo, el de elaborar una historia genealógica (no exenta de tensiones), construir para Argentina una historia fundada en la “preexistencia de la nación”. Esta concepción allanaba todos los escollos del pasado de forma tal que se pudiera observar una imagen “compacta y lineal” de la historia nacional (2000: 76).

Además de otros añadidos (que puntualmente detalla en el prólogo), allí propone que la revolución argentina no es el resultado de la acción individual o la

⁷ “De aquí surgió naturalmente el asunto, el argumento del libro, a saber, el desarrollo gradual de la idea de la independencia argentina, desde sus orígenes lejanos a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, periodo que comprende la biografía y encierra el ciclo revolucionario en sus evoluciones, transformaciones y conjunciones históricas. La primera edición fue el germen de esta composición; en la segunda asumió su forma definitiva, y la tercera ha sido complementada, excediendo las primitivas proporciones en que fue concebida, violentando en cierto modo su naturaleza y conformación nativa. De aquí los defectos insanables de que adolece” (Mitre, 1887: lix).

sorpreza “sino el producto espontáneo de gérmenes por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas” (Mitre, 1887, I: 302-303).⁸

Tales fueron en lo general las causas eficientes de la revolución argentina: el desarrollo armónico de las fuerzas morales y de las fuerzas materiales, de los hechos y de las ideas, del individuo y de la sociedad. La acción simultánea de este doble movimiento combinado, que obra a la vez sobre la parte y sobre todo, es lo que explica la relación de los sucesos entre sí, el vínculo que los une, la causa originaria que los produce y el resultado que es su consecuencia lógica. Así hemos visto progresar las ideas económicas, al mismo tiempo que el pueblo se enriquecía por el trabajo; fortalecerse el poder militar de la sociedad, al mismo tiempo que se desenvolvía el espíritu público en los nativos; generalizarse las ideas de buen gobierno, a medida que se conquistaban mayores franquicias políticas y militares; surgir teorías revolucionarias de gran trascendencia del hecho de la desaparición del monarca [...]. Esto explica como, al empezar el año de 1810, la revolución argentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres, y en las tendencias irresistibles de la opinión, que hacían converger las fuerzas sociales hacia un objetivo determinado. Este objetivo era el establecimiento de un gobierno propio, emanado de la voluntad general y representante legítimo de los intereses de todos (Mitre, 1887, I: 302).

En *El Nacional* del 4 de julio de 1881 se reseña de modo elogioso la aparición de un libro escrito por López, *Introducción a la Historia de la Revolución Argentina*;⁹ en este libro Vicente Fidel López se dedica a corregir supuestos errores de Mitre en la historia de Belgrano; también ofrece una imagen de Belgrano muy diferente a la de Mitre. Bartolomé Mitre comienza a publicar sus refutaciones, las *Comprobaciones históricas. A propósito de la Historia de Belgrano*, muy poco después. La primera entrega aparece en el número de agosto de 1881 de la *Nueva Revista de Buenos Aires* pero se reedita al día siguiente y continúan las siguientes entregas en el periódico *La Nación* hasta el 1 de octubre. Las respuestas, pensadas para el debate periodístico, forman rápidamente un libro editado por Casavalle que se publica en diciembre de 1881. Las respuestas de López a las *Comprobaciones* aparecen en *El Nacional*

⁸ Dice Elías Palti: “La nación argentina, lejos de ser un fatalismo geográfico o natural, aparece así como el resultado contingente de un curso determinado por la serie de sus accidentes. Y es esto precisamente lo que torna relevante al mismo. En definitiva, para Mitre, si la acción de Belgrano fue decisiva, es decir, tuvo una importancia histórica, es porque definió el modo y alcance de la nacionalidad argentina” (Palti, 2000: 82).

⁹ *Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852. Introducción*, Buenos Aires: Carlos Casavalle Editor, Imprenta y Librería de Mayo, 1881.

entre el 1 de octubre de 1881 y el 1 de marzo de 1882. En 1882 ven la luz en forma de libro los tres gruesos volúmenes de *Refutaciones a las comprobaciones históricas de la Historia de Belgrano* (conocidas como *Debate histórico*). Mitre, por su parte, continúa con las comprobaciones, ahora *Nuevas comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*, publicadas en *La Nación* (marzo de 1882) y muy pocos días después en forma de libro por el mismo editor Carlos Casavalle.¹⁰ Todo lo anterior se escribe, como puede observarse, en muy pocos meses.

La crítica historiográfica ha leído el debate como la oposición entre dos modos de comprender el oficio del historiador, uno, el de Mitre, apegado a los documentos, una historia erudita (“no se indica un solo gesto, ni se avanza una sola opinión que no pudiese ser documentada”), y otro, el de López, partidario de una historia literaria y una filosofía de la historia que define el camino que siguen los acontecimientos; “liviano” en términos de comprobación, como diría Mitre. De hecho, la disputa, como en el caso de Bello-Lastarria, se plantea entre la *filosofía* y la *documentación*, según resume el propio López en las páginas del *Debate*: “El sistema histórico del señor Mitre, pues, según su propia declaración, es el *de la documentación*; el nuestro, según él mismo, es el de las *tendencias filosóficas*. Hemos ya demostrado y seguiremos demostrando cómo es que su método ha fallado más de una vez por su propia base, pero, consagrándonos por hoy a la comparación de los dos sistemas, probaremos que el señor Mitre ha invadido y seguido más de una vez el nuestro” (López, 1916, I: 83). López demuestra que Mitre hace uso de la filosofía (de ideas preconcebidas sobre el sentido de la historia) para ordenar y dar un sentido a los documentos de que dispone; hay un “plan”, una estructura, e interpretación de la actuación de personajes históricos que no necesariamente se deduce de los documentos a la vista.

López define en el *Debate* de modo muy preciso el sentido que otorga a la labor historiográfica:

Creemos que los altos fines de la historia moderna deben desenvolverse y exhibirse con tendencias filosóficas; que los hechos que constituyen la historia de una nación

¹⁰ La quinta edición de 1882 une las comprobaciones y las nuevas comprobaciones en un solo libro de *Comprobaciones históricas. A propósito de algunos puntos de historia argentina, según nuevos documentos*, con dos partes (dos volúmenes) que incluyen subtítulos diferentes (Primera parte: Antecedentes coloniales de 1680 a 1748. Estudios histórico-demográficos de 1770 a 1810. Invasiones inglesas al Río de la Plata de 1806 a 1807. Pródromos de la Revolución Argentina de 1808 a 1810. Segunda parte: Antecedentes históricos argentinos. Estudios histórico-topográficos. Asalto de Buenos Aires por los ingleses en 1807. Espíritu de la Revolución de Mayo. De 1810 a 1820. El General San Martín y el Ejército de los Andes).

deben presentarse con todo el color y la fisonomía de la época en que sucedieron; que las costumbres y los hábitos de un pueblo, las ideas de un tiempo y el progreso moral de un periodo histórico, deben entrar en el análisis del escritor como elemento fundamental y esencialísimo de su misión en las letras. [...] la historia y la filosofía de la historia marchan juntas, y el autor que rechazara de su método histórico las tendencias filosóficas no podría, en nuestra opinión, reclamar con justicia otro lugar entre los autores modernos que el de los compiladores pacientes o incoloros de la cronología (López, 1916, I: 82-83).

Y poco antes se detiene sobre el lugar de la literatura en la escritura de la historia: ayudar a construir un cuadro vivo, trasunto completo de la vida y la verdad. Esta construcción sobrepasa la importancia de la crónica o el detalle minucioso:

A nuestro juicio y al de todos los que comprenden la *faz literaria* de un trabajo histórico, basta, en los momentos de acción violenta y tumultuaria, trazar y animar el gran perfil de los sucesos con rasgos hondos que acentúen el gesto y la fisonomía de conjunto. [...] por lo mismo que [el lector] tiene lanzada su imaginación en la reproducción de un cuadro vivo, tumultuoso, trágico, dramático o cómico, quiere marchar con los hechos y resumirlos todos para satisfacer su ansiedad. La cuestión grave para el escritor es la de conseguirlo, dando un trasunto completo de la vida y de la verdad del momento pues, para la historia del detalle, bastaría un notario minucioso o un empleado práctico (López, 1916, I: 34-35).

Vicente Fidel López es hombre de letras sin duda, y quiere, más que “registrar” o “describir”, “dar un trasunto de la vida y la verdad del momento”, mostrar “un cuadro vivo”, el “color y la fisonomía de la época”, “las pasiones”. La verdad viene enquistada en el armazón literario (en el discurso vivo, presente) y no en el cofre o el archivo aludidos (usados como prueba) pero nunca presentes. Por ello, junto a la *Historia de la República Argentina*, se puede colocar el romance histórico *La loca de la Guardia*. Mitre, dice López,

no cuenta para nada con las pasiones de los hombres ni con las divergencias naturales de los habitantes de un pueblo agitado; prescinde de lo que es elemental en la vida humana; toma mecánicamente los documentos con que se encuentra, y recoge de ellos los datos que contienen sin acometerlos a ningún género de análisis [...] para nuestro crítico la historia es un armario de mariposas embalsamadas, clavadas en sus tabletas, destinadas a exhibir momias y no hombres vivos animados de todas las pasiones que imperan en el espíritu humano (López, 1916, II: 12).

Como prueba de “la búsqueda sincera de la verdad” que anima su discurso, Mitre menciona con frecuencia los “documentos auténticos que tiene a la vista”. López, al contrario, las narraciones de la época, relatos orales fundamentalmente,

de su padre, amigos, familiares “que han transmitido al historiador lo visto”.¹¹ Así comienza también la novela *La loca de la Guardia*, con un encuentro entre exiliados argentinos en Chile (entre ellos los militares Gregorio de las Heras y Román Dehesa), que detonan la narración y representación de los episodios del paso de los Andes treinta años antes, en 1817-1818. El rescate de las conversaciones de las que López extrae la información para el presente de la escritura puebla la novela de notas al pie que señalan su valor como documento histórico. La historia es tradición y no una ciencia.

Otro aspecto de la visión de la historia en López, expresado en la polémica, es el de la relatividad del discurso historiográfico, escrito siempre desde un lugar particular de enunciación donde convergen intereses particulares o de clase (“la historia es siempre obra de partido”), intenciones distintas y por ello puntos de vista distintos sobre el mismo hecho. El reconocimiento de esta relatividad del discurso y el lugar que el sujeto historiador ocupa en la escritura, aspectos que no logra eliminar la presencia de los documentos, hace de López un historiador hasta cierto punto más cercano a las reflexiones contemporáneas sobre la escritura de la historia. López es más consciente del papel de la narración y de la importancia de quien organiza la información, interpreta y escribe (siempre hay punto de vista, una refracción de la luz). Al serlo, su historia no ofrece una visión continua, no hay genealogía ni teleología. Es lo contingente y no los valores universales o la visión general, el centro de su discurso; podría decirse que en él el pasado no es algo dado, sino un lugar de lucha:

Su verdad [de la historia] consiste en la lucha y en el debate. Las causas son fenómenos morales que no tienen nada de seguro ni de estable, como el número y la línea; y por lo mismo que la historia es lucha, o seno insondable de pasiones y de intereses, movimiento incesante y siempre problemático, constituye un orden de cosas propio, que es totalmente ajeno al carácter y a los procederes de una ecuación matemática, y en el que los actores mismos obran impulsados por principios de convención, de debate, de interés, sin poder resolver ni definir el problema final, como se resuelven todos los problemas de la geometría y de la aritmética [...].

La historia es siempre obra de partido, porque el que la escribe es siempre un hombre que tiene una intención y un interés. Aun aquel que se arma de toda la imparcialidad que cabe en el alma de un escritor de elevado y honrado carácter, tiene que juzgar cuando escribe de una lucha. O de un pleito, de las pasiones armadas que se han combatido, de los intereses de conjunto que han dividido a un pueblo, de la obra de los unos y de los otros, de la moral relativa de los autores;

¹¹ Alega sin embargo que esa tradición familiar no carece de documentos: “jamás hemos invocado la tradición paterna y de familia sin ponerle al lado un documento que la justifique” (López, 1916, III: 67).

y desde luego tiene que *juzgar* por sí propio, como un juez, con sus opiniones y con sus convicciones. Pero, como todos estos elementos de juicio son movibles también con toda su imparcialidad y honradez, no llegará a otra cosa que a decir lo que él opina de los sucesos que narra, según los principios de que honradamente está convencido. Otro con la misma honradez, disenterá de su manera de ver; y el criterio histórico estará siempre en la historia del pasado, como el pasado mismo lo estuvo en la lucha de los hechos y en la manera de apreciarlos, cuando ese pasado era presente.

En los hechos de la historia hay dos versiones que el señor Mitre no ha analizado: la una es la del personaje, y la otra la del acto; ni el *personaje* ni el *acto* son números: son, por el contrario, intereses, pasiones y móviles que no se pueden restar, sumar, ni partir, porque son como el prisma de cristal que refleja la luz descomponiéndola según el lado o la faz en que se tome (López, 1916, III: 69-70).

Quienes sancionan la verdad histórica son el derecho y la justicia. Los hechos en sí mismos no hacen la historia; Mitre parecería confundir los documentos (los papeles) con la realidad de los hechos, por eso se convierte en archivista, arqueólogo, anticuario y buscador de archivo muerto, al tiempo que López elabora una historia viva, fundada en testimonios propios, de parientes, de amigos que participaron directamente en los acontecimientos (Mozejko y Costa, 2005: 47): la historia de la revolución, por la cercanía de los acontecimientos, es tradición viva que no puede prescindir de los testimonios, no tanto historia arqueológica. Estas dos perspectivas acerca de la historia y su escritura, enunciadas en los textos que se escriben al calor de la polémica, en la práctica, no se distancian tanto. Mitre hace uso de los testimonios, de las voces y recuerdos de parientes y amigos (de su suegro, el general Nicolás de Vedia, por ejemplo); López, por su parte, echa mano de los documentos. En ambos hay vivificación, dramatización, e introducen filosofía en su relato de los acontecimientos.

De esta polémica podrían destacarse varias cuestiones. Por un lado, la interpretación clásica del debate que deriva de ella la división tajante en la historiografía argentina entre historia científica e historia narrativa o literaria, la primera exhibiendo los documentos como prueba de un acercamiento científico y veraz a los hechos. De esta interpretación se deduce el lugar primordial que Mitre ocupa en la historiografía argentina, frente al relegado de López. El triunfo de esta vía erudita implica el distanciamiento cada vez mayor de la literatura, visto como un obstáculo en el camino de la verdad. En el discurso de López se percibe que detectó las aporías implícitas en la escritura de la historia, en cuyo discurso encarnan finalmente ciertas convenciones culturales y narrativas que pretenden atrapar la veracidad de los sucesos. Para López, hay un fondo de verdad que solamente el relato puede aspirar a develar. Finalmente, al refutar el cientificismo de Mitre, López exhibe la convención del documento como prueba

y la imposibilidad de escapar a la interpretación y a la narración; parecería decir que los documentos y la cronología de los sucesos no hacen la historia.

Lo que diferencia a los dos historiadores, por otro lado, no es solamente una manera muy distinta de escribir historia (pues ambos utilizan la filosofía, construyen figuras heroicas) sino una visión diferente de los usos de la historia, un uso más político en el caso de Mitre, dirigido a la creación del Estado y los partidos, a intentar reconstruir el “nacimiento de la nacionalidad”, como expresa Tulio Halperin Donghi, un uso menos pragmático en López, preocupado por las virtudes políticas y morales que conduzcan a la república.¹² López diferencia entre *autenticidad* y *verdad*; las cartas (apócrifas) que exhibe en su texto “La gran semana de 1810”, dice, pueden carecer de autenticidad pero no de verdad. En relación con la distancia entre los dos historiadores, Roger Chartier señala:

Medida en relación con las exigencias eruditas de la historia positivista y científica que se fundamenta sobre documentos que forman sistema y se explican los unos por los otros, la práctica historiográfica de López no puede parecer sino como puramente retórica y científicamente dudosa. Pero desde otra perspectiva no carece de modernidad a pesar de sus debilidades. Haciendo hincapié en la pluralidad y la inestabilidad de las percepciones de los actores históricos, tratando de establecer una relación dialógica con los muertos, explorando los efectos de conocimiento producidos por la escritura de ficción, López propuso un modelo de comprensión del pasado alternativo a la historia ‘científica’ que ofrecía el paradigma dominante a finales del siglo. En este sentido, el debate argentino de los años ochenta reproducía (dentro de un marco político particular) las tensiones que atravesaban las historiografías europeas y estadounidense. Pero puede ubicarse también dentro del marco de los interrogantes actuales que retoman de manera nueva las cuestiones planteadas por la polémica entre Mitre y López: por ejemplo, la definición de los criterios de prueba en la historia, la articulación ambigua entre narración y conocimiento, o la relación del historiador con el pasado, siempre caracterizada por la tensión entre compromiso y distancia (2000: 12).

Quisiera rescatar esta perspectiva de Chartier sobre el modelo historiográfico de López, donde la novela o el romance histórico son otro modo de comprender, de dialogar con el pasado. Quizá esta concepción de la historia entendida como un diálogo con el pasado explica que el narrador de la novela *La loca de la Guardia* sea el propio autor y no uno ficticio, equiparando o acercando con este gesto ambas formas de relato, la de la historia y la del romance histórico.

¹² “Los objetivos de López tienen un más corto alcance: buscar el alma, la guía psicólogo-artística de los individuos en el regodeo del momento histórico, rescatar las narraciones y leyendas orales de los actores de la revolución de independencia, y sustentar con los datos necesarios el argumento de una historia ya aprendida y difundida” (Tenorio, 1990: 105).

Elías Palti menciona que las diferencias entre Mitre y López en cuanto a ideas historiográficas, se fundan en diferencias respecto a lo que significaba hacer política y “cuál era el lugar y el sentido de la opinión pública en tanto que fundamento de un orden institucional”. Prosigue Palti:

En definitiva, tras sus diferentes aproximaciones históricas subyacen dos *lenguajes políticos* opuestos, cada uno de los cuales conlleva definiciones muy distintas de las categorías políticas fundamentales (“representación”, “soberanía”, “pueblo”, etc.). Y estas perspectivas opuestas traducen, a su vez, percepciones y modos muy distintos de vincularse con aquella serie de transformaciones que se producen entonces en el nivel de las prácticas políticas (Palti, 2000: 85).

Son estas distancias las que en definitiva subyacen en los distintos modos de hacer historia, más que la oposición, a veces muy simplificadora, entre dos concepciones de la historia, la filosófica y la documentada.

LA POLÉMICA Y EL FOLLETÍN ANÓNIMO DE *LA LOCA DE LA GUARDIA*

La loca de la Guardia fue publicada primero de forma anónima¹³ y como folletín en el periódico *El Nacional* entre el 19 de junio y el 8 de agosto de 1882, es decir, en las postrimerías del debate y en el mismo tipo de medio (el periódico) en el que se desarrolló la polémica. López no firmó en esa ocasión su “romance histórico” por considerar que esta primera versión era “una improvisación hecha literalmente al correr de la pluma y a medida del espacio requerido en cada número”, aunque el periódico proporcionó información indirecta para que al lector no le cupiera duda de quién era el autor.¹⁴ Catorce años más tarde, en 1896, el editor Carlos Casavalle la publica como libro, no sin que el autor incluyera cambios en esta reedición en un nuevo formato alejado de la polémica. Las transformaciones son significativas porque afectan a la interpretación de las acciones que lleva a cabo en la novela José de San Martín, objeto del segundo gran libro de Mitre y nuevo héroe nacional. Entre las dos apariciones de la novela, López había publicado asimismo la que es considerada su obra magna como historiador, *Historia de la República Argentina*:

¹³ Sin embargo el diario fue dando pistas de quién era el autor de la novela (se lo devela, por ejemplo, como el autor de *La novia del hereje*).

¹⁴ *El Nacional*, 8 de agosto de 1882. “Su autor no ha tenido a bien firmarlo todavía, hasta que en la edición que se propone hacer por separado, haya revisado las partes que considera algo débiles”. Tomado de Roger Chartier, “Prólogo. Un debate histórico entre diario y libros”, en Roberto Madero, 2001: 12.

su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852 (1883-1893), donde además de narrar desde una perspectiva política e histórica los hechos que forman también parte de la novela, proporciona pistas sobre la ficción folletinesca. Allí se nos cuenta del carácter histórico de la llamada “loca de la Guardia” que da título a la novela, una mujer como de 25 años, que parecía “lunática o loca”, y que vivía en las breñas de la Cordillera de los Andes; ella ayuda a los argentinos a sorprender y desarmar al enemigo que se ocultaba en la sierra y, en general, hizo “servicios distinguidos a las tropas argentinas que invadieron a Chile” (López, 1911, VI: 574-575). Uno de los ejes narrativos de la novela tiene, por lo tanto, mucho de histórico, aun cuando sea fácil creer que es ficcional. Si *La loca de la Guardia* se llama romance es porque el relato propiamente histórico, y que no difiere mucho del que lleva a cabo López en su libro de historia, el cruce de los Andes, las batallas de Chacabuco y Maipú, se “adorna” con lances amorosos que involucran personajes históricos o ficcionales representantes de las fuerzas en conflicto. Entre ambas obras, el libro de historia y la novela, hay otra importante semejanza; la forma de la narración es la de un autor y no un narrador ficticio.

Otra semejanza entre el relato propiamente histórico y el ficcional es que López llena este último con testimonios orales de Gregorio de las Heras, de Román Dehesa y de otros patriotas que dirigieron la campaña y con los que López conversó durante su exilio en Chile entre 1841 y 1845. La novela convierte estos testimonios orales en *documento prestigioso e histórico* (señalado puntualmente en notas al pie); frente al archivo esgrimido por Mitre, López acude a una tradición viva. Todos los elementos mencionados acercan el discurso historiográfico con el novelesco y hacen de *La novela de la Guardia* otro modo de representar su idea de la historia.

La edición de 1896 viene precedida por una “explicación del editor” (C.C.) que pretende mostrar que el “cuento”, “leyenda”, o “Episodio de la Campaña Libertadora del Ejército Argentino en Chile”, tiene una base histórica sobre la cual reposa el cuadro fantástico. Así, transcribe una carta de Félix Pico que cuenta lo que el coronel Ramón Dehesa les contaba a su vez a los miembros del ejército argentino entonces en Brasil, sobre la loca que vivía en las breñas de la cordillera. Esta carta de un hombre venerable constituye para el editor “un documento cuya verdad nadie puede sospechar ni amenguar. Ese testimonio constituye una prueba acabada de la tradición que forma aquí la entidad histórica del cuento que editamos, tomándolo del folletín de un antiguo diario con permiso del autor” (López, 1896: 7). La “tradición”, la historia transmitida de forma oral, constituye un documento con el mismo valor de verdad que el escrito. Es de este modo, mediante la transmisión de la memoria oral, como *La loca de la Guardia* asegura su valor de “verdad” y de documento histórico.

Es asimismo un relato oral y el carácter de testigo del narrador-autor el que desencadena el relato. En el capítulo III dice: “Los que conocimos a Dehesa, viejo ya, general retirado del servicio, y emigrado como nosotros, conocimos también a su lado un fiel servidor de su casa y de su familia... Llamábase el sargento Ontiveros, y era un tipo perfecto del soldado argentino formado en la escuela de San Martín” (López, 1897: 13). A lo largo del relato se insiste en la participación del narrador como testigo de una historia relatada por los participantes. Este narrador se asume como “literato” y “moralista” (López, 1897: 18), con lo que proporciona un sentido, un uso a este relato que es fantástico pero también histórico y veraz. El modo de representar la historia en López está muy ligado a los actores y los testigos, a la forma de la narración.¹⁵

El relato titulado *La semana de 1810* (publicado asimismo en forma de folletín justo antes que *La loca de la Guardia*) es la crónica ficticia (una “crónica presente del pasado”) de los acontecimientos de 1810, elaborada por medio de cartas apócrifas guardadas por la esclava Marcelina Orma (la “Patria”) y que investigadas posteriormente han resultado ser copias casi literales de documentos históricos. Esta crónica funciona como un palimpsesto de los documentos (Madero, 1998: 26). En relación con la novela podría suponerse algo semejante, la ficción funcionando como un palimpsesto sobre el texto primitivo de la historia. Este “palimpsesto de la historia” definiría la poética narrativa de Vicente Fidel López.

En López, la novela histórica, el “romance histórico”, “cuento histórico”, o la “leyenda histórica” como dice en otras ocasiones, no está desvinculada de la historiografía. En *La loca de la Guardia* son abundantes los capítulos donde este autor-narrador (el propio Vicente Fidel López, eliminando la mediación ficcional) deja a un lado los aspectos ficcionales de su historia y describe los acontecimientos, los móviles de las acciones, la psicología de los personajes,

¹⁵ En la introducción a su obra de 1873, *Historia de la Revolución argentina hasta la reorganización política en 1824*, la circulación necesaria del recuerdo, la memoria personal, permite al presente acercarse al pasado: “...como nuestros archivos públicos y privados carecen de *memorias personales*, el olvido va destruyendo la verdad fugitiva de los sucesos, y va borrando a toda prisa el rostro de los personajes que figuran en ellos. El recuerdo vivaz de los movimientos... se pierde fatalmente más y más, a medida que las generaciones que figuraban en el drama van cayendo en el sepulcro, ignoradas por los nietos que les suceden... nos quedamos sin poder contar a nuestros hijos cómo fue que nuestros padres, en medio del dolor y del desquicio, les preparaban una patria... Nuestro deber nos manda contar aquello que vimos entre las nubes fantásticas de la infancia: nos manda referir con un religioso respeto lo que oíamos a nuestros padres con un espíritu hondamente impresionado por los sucesos mismos, cuando los primeros rayos del patriotismo y de la gloria conmovían el país entero y el hogar en que mecían nuestra cuna” (Madero, 1998: 17).

de la misma forma que lo hace en sus libros de historia. Así sucede con los capítulos sobre la batalla de Chacabuco, la de Maipú, y los del final de la novela donde San Martín tiene un papel relevante.

En la imagen que proporciona de José de San Martín, más allá de la feroz crítica sobre el abandono en que dejó a la Argentina y su responsabilidad frente a la historia posterior,¹⁶ hay aspectos de la personalidad que destaca el autor y que aportan información sobre su concepción de la historia. En una carta que el general argentino dirige al director supremo de Chile, Bernardo O'Higgins, ofrece consejos para permitir el reencuentro del matrimonio entre un coronel realista violento y su esposa Pepita Morgado (simpatizante de la causa independentista), con lo que hace de "cura redentor" pues, dice, "Seré un retrógrado; pero soy un purista en esto de costumbres privadas; y creo que en una época revolucionaria y guerrera como la presente, los hombres políticos y los militares deben dar ejemplo de corrección" (López, 1896: 426). En nota al pie, el narrador-autor nos recuerda que es una novela (un romance), pero que si es cierto que las palabras de San Martín no son literales, "las opiniones y principios que ellas vierten son en un todo verdaderas, según la tradición de todos sus contemporáneos" (López, 1896: nota, 426-427).

López critica de modo indirecto e irónico este aspecto moralista y religioso de San Martín (en un periodo, a comienzos de la década de los ochenta, en que se está discutiendo en Argentina el carácter laico del Estado), que no respeta las diferencias entre el ámbito de lo público y lo privado en el nacimiento de la república, así como la separación entre Iglesia y Estado. San Martín piensa que "El adelanto social, la industria, el trabajo, el orden público y privado, todo depende, según él, de la moralidad de la familia en lo alto y en lo bajo de la sociedad" (López, 1897: 427). López parece considerar que de este modo se limita la libertad individual.

Para finalizar, me detendré en la reescritura de los últimos capítulos del folletín en *La loca de la Guardia* de 1896. Esta reescritura modifica la lectura, la interpretación del papel desempeñado por el general José de San Martín, de grandes consecuencias según López para que la Argentina tardara tantas déca-

¹⁶ Parece que hay importantes diferencias en las dos versiones de la novela, pero no he tenido acceso a la versión folletinesca. Hebe Molina sí destaca los matices diferenciadores: "En la primera versión de esta novela, López dedica los últimos capítulos (XLIV a XLVI) a justificar el desencanto de los patriotas argentinos que no hallaron en Chile ni en el Perú el reconocimiento a su hazaña. El escritor disculpa a San Martín, a quien considera 'víctima de sus ilusiones' y del error de creer que en Lima se podía erigir un gobierno de 'influjo político continental' (8 ago. 1882). En la segunda versión (1896), en cambio, el narrador presenta a un San Martín prepotente, decidido a ser el destinador de todas las acciones políticas y aun privadas" (Molina, 2010: 4).

das en alcanzar una cierta paz y por lo mismo en la conformación de la nación. La novela narra, como mencioné, algunas de las peripecias que acompañaron el cruce de los Andes y la campaña libertadora de Chile, llevada adelante por las fuerzas independentistas argentinas con el apoyo de los patriotas chilenos; se detiene en particular en las batallas de Chacabuco y Maipú (1817-1818). En la versión folletinesca el autor refiere en los capítulos finales el desencanto de los argentinos, que no encontraron reconocimiento a su importante papel en la liberación de Chile y Perú. San Martín aparece allí como “víctima de sus ilusiones” y aspirando a erigir un “gobierno de influjo político continental”, es decir, con una ambición americanista y no tanto nacional. En la novela de 1896 la interpretación es otra; hay un largo capítulo, el LV, ya hacia el final, “Después que [San Martín] triunfó en Chacabuco y que dio libertad a Chile”, donde el narrador menciona que el “nuevo horizonte que se abría a su ambición perturbó el honrado criterio del ilustre vencedor” (López, 1896: 476). López acusa a San Martín de abandonar a la patria argentina a los *furores insanos* de los bárbaros y propiciar lo que Sarmiento había denominado antes como el ingreso de la barbarie a la capital, antes “culto y virgen”. La ingratitud y falta de conciencia de San Martín, su abandono, habría consumado el “derrumbe del organismo político y social de las *Provincias Unidas* del Río de la Plata” (López, 1896: 477).¹⁷ Cito la novela:

La triste situación en que había dejado a la patria, y los reclamos clamorosos con que su gobierno le pedía la reintegración de sus tropas para mantener y salvar la autoridad constitucional, eran como las enfadosas plegarias del acreedor menesteroso que perturba la quietud del deudor que necesita retener lo que se le cobra, y que está en situación predominante para hacerse sordo a su deber. Notoriamente resuelto a desobedecer las órdenes y las súplicas del gobierno argentino, el general prescindía de todo lo que a la patria le debía por gratitud y por conciencia, y dejándose arrastrar por otras deslumbrantes perspectivas había resuelto constituir a Chile, sobre la base del ejército argentino, en centro político supremo de la dominación del Pacífico y de la conquista del Perú. Mientras tanto, la patria de los argentinos y su organización nacional eran abandonados a los *furores insanos* de los Artigas, de los Ramírez y de todos aquellos que, por la falta del ejército nacional, secuestrado en Chile, hollaban el suelo, antes culto y virgen, de la capital argentina y de las provincias cultas que componían el Estado (476-477).

¹⁷ La postura frente a la decisión de San Martín de continuar la lucha emancipadora en el Perú, y no regresar a Argentina a combatir a los caudillos rioplatenses, es opuesta en Mitre y López. Lo que para este último es una catástrofe (que expresa muy explícitamente en *La loca de la Guardia*), para Mitre la decisión implica la consumación de la empresa emancipadora (Halperin Donghi, 1996: 69), la destrucción del estado heredero de la época virreinal.

Y añade el narrador historiador:

El general San Martín debió haber obedecido a su gobierno: no incurrir en una negativa [...] que podía ser causa, como lo fue, del desquicio general a este lado de la Cordillera, y de la catástrofe en que sucumbió todo nuestro organismo nacional, bajo la presión de la barbarie litoral sobre un gobierno que había quedado indefenso. No debió abandonar, al acaso de lo imprevisto y del desorden social, la suerte del país y del gobierno de quien dependía, con cuya bandera y con cuyos soldados había triunfado y cumplido con gloria inmarcesible la difícil empresa que se le había confiado. Fiel a su mandato, no debió haber caído en la tentación de hacerse, él también, independiente, personalizando en su persona y en su arbitrio la empresa de liberar a la América del Sur sin bandera y sin mandato (López, 1896: 433-434).

La responsabilidad que López atribuye a San Martín en los destinos que iba a seguir Argentina en los siguientes decenios (guerras civiles, una pacificación sólo posible hasta 1880), y por lo mismo en la dificultad para construir una nación unida, suponen una mirada muy diferente de la que Bartolomé Mitre proporcionó en su *Historia de San Martín*. Hasta cierto punto la polémica se prolongó hasta finales de siglo.

BIBLIOGRAFÍA

- HALPERIN DONGHI, Tulio (1996), “Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina”, *Anuario del IEHS*, 11: 57-69.
- (1996), *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.
- LÓPEZ, Vicente Fidel (1916), *Debate histórico. Refutación a las Comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*. 3 tomos. Buenos Aires: Librería La Facultad, de Juan Roldán.
- (1911), *Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*. Tomo VI. Buenos Aires: Librería La Facultad, de Juan Roldán.
- (s.f.), *La loca de la Guardia. Cuento histórico*. Buenos Aires: A. V. López Editor, punto de venta: Librería La Facultad.
- MADERO, Roberto (2001), *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (1998), *Vicente Fidel López, un juicio de la República en la nación*. Tesis de Doctorado, Universidad de Princeton.

- MITRE, Bartolomé (1887), *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. 3 tomos. Cuarta y definitiva edición, corregida y aumentada. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.
- (1882), *Comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*. Primera y segunda parte. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- MOLINA, Hebe (2010), “La gesta sanmartiniana en las novelas escondidas de Vicente Fidel López”, en *IX Congreso Argentino de Hispanistas “El Hispanismo ante el Bicentenario”*. La Plata, 27-30 de abril. Disponible en: <http://ixcah.fahce.unlp.edu.ar>
- MOZEJKO, Danuta y COSTA, Lionel (2005), “Modelos historiográficos del siglo XIX. Mecanismos de circulación”, *América: Cahiers du CRICCAL. Les modèles et leur circulation en Amérique latine*, I. XXXIII: 45-55.
- PALTI, Elías José (2000), “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, (enero-junio) 21: 75-98.
- (1996), “Imaginación histórica e *identidad nacional* en Brasil y Argentina. Un estudio comparativo”, *Revista Iberoamericana*, LXII.174: 47-69.
- TENORIO T., Mauricio (1990), “Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. El pensamiento historiográfico argentino en el siglo XIX”, *Secuencia*, 16: 97-122.